

UNA CASA LLENA DE BENDICIONES

/Asunción Escribano/

Cada día tengo más certeza de que la humanidad se divide en función de lo que nombra cada persona. Entre aquellos que diferencian los árboles y las aves por su nombre y los que no. A un lado están los indiferentes a las cosas, los que pasan por la vida como bultos transportados sin consciencia. A otro, aquellos cuyo tacto en la mirada otorga una caricia distinta para quienes los rodean, sean estos seres vivos o, tan solo, pero también, animados. Somos, pues, lo que nombramos, aquello que bendecimos y deseamos: tiempo, materia, suelo, para unos. Vida, naturaleza, vuelo, para otros. De algún modo este optar por un tipo u otro de mirada, o siquiera de pasar por el mundo, hace que pongamos nuestra vida bajo la protección de armas o campanas. Y con eso basta para estar a un lado u otro. Lo demás, todo quizás al fin y al cabo, es el destino. Hay gestos singulares, pequeños pero personalmente únicos, en que elegimos bajo qué techo el cobijo: arma o campana. Y ahí nos lo jugamos todo. Aunque a pesar del destino. Tiempo, materia, suelo. Vida, naturaleza, vuelo.

Es por esto por lo que José Luis Puerto, claro perteneciente al grupo de los que saben ver, en este libro de recuerdos evoca, ya desde el título, eso que anima la vida alrededor, y, de un modo muy concreto, con nombres y apellidos en no pocas ocasiones, el autor va desgranando retazos de memoria evocados —¿al azar?— bajo las leyes caprichosas del recuerdo y el orden aleatorio de la memoria y sus cosas. Enmarcado en estas coordenadas, el poeta ve pasar así su vida ante un esce-



José Luis Puerto en 2015

nario, cual puente que se va estrechando entre el escritor y todo aquello que le precedió y que configuró su mundo, un escenario que se abre a la muerte del padre y continúa, no menos simbólicamente, a través de un momento de diálogo con la madre.

Quienes tuvimos la suerte de asistir a la lectura de poemas de José Luis Puerto el domingo 13 de marzo de 2016, en la catedral Nueva de Salamanca, en el acto poético «El poeta ante la Cruz» de la cofradía del Cristo Yacente de la Misericordia y de la Agonía Redentora, comprendemos con mucha más facilidad lo que *La casa del alma* reporta a la vida y al entorno espiritual de José Luis Puerto. Esto es así porque quienes allí le es-

él en las canciones que hace décadas el poeta aprendiera de ella.

La casa del alma es un libro de bendiciones, de calladas súplicas a lo alto que, en el fondo, no hacen sino agradecer ciertos estados del mundo y su deseo de que siga siendo así. Tal vez uno de los más visitados —y para quien conozca al espíritu agradecido que es José Luis Puerto resulta comprensible que así sea— no es otro que el del habitar infantil de los niños en su perpetuo asombro ante la naturaleza que los humaniza y les alarga ese tiempo de felicidad, cada uno a su modo, que es la infancia. Acogernos a su protección, como quien va con un amuleto a todas partes, no deja de ser sino una forma de entender la vida y el tiempo que pasamos en esta tierra junto a todo aquello que nos rodea y ante cuyo fluir no nos sentimos impermeables. A fin de cuentas, *La casa del alma* es una oración que tiene la palabra y la memoria como ejes centrales de su estructura, y el modo de mirar como instrumento que marca el acorde en que ambos vibran. Estamos, en este sentido, ante una prosa caracterizada y antecedida por la mirada original y viva de José Luis Puerto. Una mirada que él define con una de las más impactantes metáforas que yo he leído, cuando escribe que:

Era una vibración que, en la quietud, buscaba la mecha de unos ojos para manifestarse y entregar su secreto.

La casa del alma constituye un texto rebotante de sabiduría, de un conocimiento destilado a lo largo del tiempo en la amalgama de las experiencias y los afectos, tejido en los abrazos y esas palpitaciones que el alma siente cuando se la escucha y atiende

cuchamos fuimos agraciados con el asombro producido por la perfecta sintonía mostrada entre el poeta y su madre, quien —pequeña, humilde, ligera, incrustada en la sillería del coro de la catedral salmantina a la que honraba, elevada del suelo y ajena a todo lo material que se erigía a su alrededor—, mientras su hijo recitaba, con sus labios seguía los de



José Luis Puerto
La casa del alma
Eolas Ediciones, 2015
328 pp., 19,90 €

José Luis Puerto construye en esta obra una cosmovisión coherente con la expresada en sus poemarios. Los textos se agrupan en tres bloques perfectamente estructurados ternariamente, con un poema de apertura y dos de cierre. Y, entre medias, el desplegarse de todos aquellos hilos temáticos que han ido conformando la memoria. Son historias cotidianas, cercanas a todos, que se transforman en simbólicas gracias a la mirada del escritor. Adoptan, así, los textos la forma del relato, profundamente rítmico, que el lector intuye biográfico en muchos casos, aunque la anécdota sirve como trampolín para reflexiones de mayor calado. Un pájaro parado en una fuente le habla al poeta de la lentitud, del freno de la sucesión cuando se está detenido en la armonía

José Luis Puerto construye en esta obra una cosmovisión coherente con la expresada en sus poemarios. Los textos se agrupan en tres bloques perfectamente estructurados ternariamente, con un poema de apertura y dos de cierre. Y, entre medias, el desplegarse de todos aquellos hilos temáticos que han ido conformando la memoria

de la contemplación. O las rosas, que indican a las madres que las llevan a las tumbas de los hijos que habrá un encuentro en un lugar no lejano tras la muerte...

Pero, sobre todo, literariamente *La casa del alma* constituye un texto rebosante de sabiduría, de un conocimiento destilado a lo largo del tiempo en la amalgama de las experiencias y los afectos, tejido en los abrazos y esas palpaciones que el alma siente cuando se la escucha y atiende. Todo apunta, en definitiva, a los últimos descubrimientos de la filosofía académica, a los que el poeta parece haber llegado por otro camino. Así, el filósofo y profesor de origen coreano de la Universidad de Berlín, Byung-Chul Han, concluye en sus reflexiones que «la gente, hoy en día, ya no es capaz de *demorarse*, [...] la experiencia de la duración es cada vez más insólita». Contra esta enfermedad, al parecer ya asentada, la lectura de *La casa del alma* es sin duda alguna el mejor antídoto homeopático que la sabiduría perenne pueda ofrecer. Así lo ha hecho José Luis Puerto al abrirnos generosamente las puertas de su casa del alma. ■

JORDI DOCE

Presente perpetuo

/José de María Romero Barea/

Jordi Doce (Gijón, 1967) es un poeta atípico, que ha optado por trabajar fuera de las camarillas y se ha labrado su propia reputación, sin mendigar la audiencia sobrante de ningún movimiento, sin venderse a ese lector que prefiere una poesía que sólo corrobora su propio punto de vista, aparentemente liberal. Destacan la amplitud de sus preocupaciones, la pasión y compasión de su inteligencia, el poder experimental de su oficio. Su poesía nos invita a aprender nuevas formas de ver y cuestionar nuestras suposiciones sobre el arte.

Sostiene Doce en el epílogo a sus poemas escogidos: «Toda escritura, en sentido estricto, es ocasional, aunque el poema, para serlo, deba trascender su ocasión; solo así podrá habitar el presente perpetuo de la lectura». En la antología *Nada se pierde* (Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2015), el asturiano asume sus responsabilidades cívicas y culturales: «La lengua de la guerra ha dejado de servirnos» («Manual de instrucciones...»). Baja a la tierra para mostrar el «huraño sometimiento / que dibujan los lechos y las sílabas» («Belfast...»). Su preocupación por la memoria se traduce en percepciones precisas de «la luz arrasada, muda» («Regreso...»).



Jordi Doce | FOTO: © Luis Burgos |

Comparte con Wordsworth el instinto para los ciclos naturales («vuelve el frío o imagino que vuelve» («Herida»)). Escribe sobre las «formas que solo existen en la interrogación» («Antisilencio»), pero lo hace sobre nosotros mismos. «Albada» se mueven entre las formas («esa sombra soy yo, tiene mi nombre...»), mientras concilia «lo que puede decirse o está dicho». «Aniversario» está marcado por el dolor de «un día cualquiera, con su ajuar de costumbres». En «Epílogo», la percepción de «la luz y sus tenazas tenues», se combina con el lugar para convertirnos en testigos.

Al igual que sus admirados Octavio Paz y Charles Tomlinson, Doce defiende la obra de otros en sus ensayos (*Las formas disconformes* (2013); *Zona de divagar* (2014)). Su poesía y su poética hacen avanzar el arte y lo con-

Sostiene Doce en el epílogo a sus poemas escogidos: «Toda escritura, en sentido estricto, es ocasional, aunque el poema, para serlo, deba trascender su ocasión; solo así podrá habitar el presente perpetuo de la lectura»



Jordi Doce
Nada se pierde. Poemas escogidos (1990-2015)

Prensas de la Universidad,
Zaragoza, 2015
170 pp., 18 €

vierten en una forma de entender y expresar el mundo. Como orfebre del silencio («Mejor no decir nada» («El esperado»)), traductor (de Blake, Auden y Simic, entre otros), promotor y editor, es un poeta internacional y, al mismo tiempo, profundamente español. Un clasicista anarquista; un preciosista apasionado. Estas oposiciones aparentes son también partes de una gran tradición que, en *Nada se pierde*, logran el equilibrio, la síntesis y la expresión maravillada. ■